

¿GALDOS, HUMANISTA?

Josette Blanquat

Esta pregunta no puede menos de hacérsela el estudioso que intenta aclarar la ideología de Galdós, creando reacciones de escepticismo o de incompreensión si el imprudente se atreve a formularla en público. Es verdad. Hay que reconocer que Galdós no representa el tipo del humanista clásico. Sin embargo, su obra ilustra una noción moderna del humanismo que importa definir con los elementos de la nueva síntesis de valores que la constituyen. Indicar tales elementos, su origen, los maestros y las obras que pudieron introducir al escritor en tal universo espiritual, dar algunos ejemplos de su manera de expresarlo, es el proyecto de este breve esbozo.

Como todos los jóvenes de la burguesía liberal de su época, Galdós recibió una instrucción que privilegiaba el estudio de las literaturas clásicas, pero todos sabemos que el novelista debe a sus dotes de observador de *lo vivo* y no de *lo escrito* lo mejor de su obra. Sin embargo, no hay que olvidar que Benito leyó temprano y con mucha atención los libros fundamentales de los maestros del humanismo europeo: Rabelais (ilustrado por Gustave Doré), Erasmo (ilustrado por Holbein), Goethe, el teatro de Schiller¹, que le transmitieron las ideas fuerzas de libertad y de razón, de caridad y de Naturaleza legadas por la Antigüedad pagana y por el Cristianismo, en obras que, halagando y cautivando la imaginación de un joven poco aficionado a la filosofía formaron su sensibilidad, su personalidad entera. Además, el ambiente que rodeaba a Benito, las conversaciones y las conferencias de los centros culturales del liberalismo, los discursos del Congreso, le ofrecieron lo que iba a ser la armadura espiritual de su obra.

González Serrano decía del Ateneo:

Debe reservarse para la significación de la palabra *Ateneo* (cuyo espíritu ha llegado a precisar el de obras y trabajos intelectuales, oratoria, artículos, con-

versaciones de Ateneo, etc.) aquel alcance que, heredado de la cultura clásica, se daba en los primeros tiempos del Renacimiento a la palabra *humanismo* (no sólo en la acepción de estudios clásicos o de aprendizaje mecánico del griego y del latín) como estudios libres consagrados a aumentar y elevar por grados el *sentido común culto* de las gentes².

No se podía aclarar mejor la noción de un humanismo utilitario y popular, vulgarizador de la cultura con fines altamente morales. En el Congreso, Galdós presenció, escuchó con pasión el duelo oratorio de los *neos* y de los liberales sobre la idea de *nación española*, duelo en el cual se oponían dos imágenes contradictorias de España: la de los ultramontanos, cifrada en un catolicismo de Estado pretendiendo continuar la tradición de «cristiana intolerancia de los Reyes»³; la de los liberales, exaltada magníficamente por Castelar, quien, con pretexto de representar lo que fue la España de las tres religiones en la Edad Media, desarrollaba las grandiosas perspectivas abiertas por Hegel y los hermosos ensueños de tolerancia de Lessing, hermanando la idea de patria con la idea de progreso y de universalidad⁴. En la Universidad «la lucha que ya sorda ya descubiertamente sostienen la doctrina tradicionalista y el libre examen»⁵ suscitaba pasiones juveniles y duraderas. El mismo Galdós recuerda que «Camús, Bardón, Castro, Mata y otros célebres profesores» eran ateneístas⁶, y expresó su admiración por Adolfo Alfredo Camús, a quien llamaban «el último humanista»⁷. De modo que podemos afirmar que la palabra viva y la palabra escrita concurrían a hacer de Benito el heredero natural del Humanismo.

Esto ha dejado huellas manifiestas en sus primeras obras y en los libros que leyó en su juventud. Aquí mismo, en la Biblioteca de la Casa-Museo de Pérez Galdós, se conserva una lista de libros que representa seguramente el inventario de la biblioteca de Benito por los años (1865, 66, 67) que precedieron inmediatamente la Revolución de Septiembre. Ahí va el *Wilhelm Meister*, cuyo ejemplar se conserva todavía, en el cual van esas reflexiones escritas indudablemente de la mano de Benito, rectificando la clasificación hecha por Goethe de la historia religiosa de la Humanidad y afirmando que la última etapa, la más perfecta, la constituye no el Cristianismo, sino «el Humanismo presente», que comprende las dos épocas precedentes: la antigua y la cristiana. A propósito del *Credo*, Goethe, siempre afecto a mostrar que en la religión del respeto está la meta y la dignidad de las verdaderas religiones, insistía en la división en tres artículos, y el lector, glosando a su manera, escribe:

D. P.: Júpiter.

D. H.: Cristo.

D. E. S.: Humanidad.

La significación de las iniciales es fácil de comprender: D. P.: Dios Padre. D. H.: Dios Hijo. D. E. S.: Dios Espíritu Santo⁸. No es hora de decir cuanto esto significa. Pero sí ha venido el momento de fijarnos en una concepción del

Humanismo que tiene en mucho, eso sí, la palabra divina, la palabra cristiana, pero que, cuando lo crea necesario, se sustituirá a ella.

Pero hablemos primero de Historia. Al leer esta lista de libros se observa cómo los gustos literarios del estudiante evolucionan y cambian conforme se viene aproximando la Revolución, cómo la pasión de la Historia se apodera de él. Ahí van muy pocas novelas históricas pero sí biografías de varones ilustres, los héroes de la Antigüedad alabados por Plutarco, los creadores de la Edad Moderna celebrados por Lamartine, quien, con el relato de la vida oscura de algunos hombres superiores, héroes de la guerra de las armas como de las ideas, inventores de máquinas, descubridores de Nuevos Mundos, o mártires de la libertad en lucha contra la esclavitud⁹ pretendía hacer que «las masas» fuesen más sensibles a sus méritos y se educasen en la contemplación de los modelos. «Al destruir la esclavitud y al convocar las masas a participar cada día con más actividad en la elaboración de su propio destino, las fases nuevas del mundo moderno hacen de la moralidad y de la instrucción dos condiciones necesarias de la libertad.» Así decía Lamartine, añadiendo: «El hombre es imitador porque es perfectible. La Historia es un curso de entusiasmo.» Lamartine no disintía de Plutarco, quien, en el prólogo de las *Vidas* (marcado a lápiz en la Biblioteca de la Casa-Museo)¹⁰, declara: «Lo verdaderamente hermoso nos atrae con una fuerza irresistible. Por eso he escrito las *Vidas*...» Seguía insistiendo Lamartine: «Las muchedumbres han de componerse de hombres y no de máquinas humanas.» Más tarde, don Francisco Giner se preocuparía de «hacer hombres».

Plutarco, tan amado de los revolucionarios franceses de 1789; Lamartine, el héroe republicano de la Revolución francesa de 1848, que tanta influencia tuvo en los españoles que hicieron la Revolución de Septiembre; Lamartine y Plutarco fueron los maestros en civismo de Benito, formadores de una ética que manda al individuo y a la colectividad humana que tenga por meta el más alto tipo de humanidad. Y no podemos menos de recordar que el fundamento del Humanismo consiste en afirmar el valor de la obra humana. La disciplina esencial de los individuos y de los grupos humanos impone que mantengan en ellos la grandeza humana. A eso se dirige la enseñanza, los nuevos métodos de educación que suprimen los castigos corporales y las innecesarias humillaciones, como lo pedían Erasmo y Rabelais... A eso se dirigen obras como la primera serie de los *Episodios Nacionales* de inspiración épica. En *Trafalgar*, españoles e ingleses, aunque enemigos, se reúnen para llorar y elogiar a los héroes Churruca y Nelson, iguales ambos en nobleza y en valor. En otros libros descuellan héroes más humildes, inspirados por el genio del pueblo (*pueblo* entendido en el sentido herderiano de *nación*): Juan Martín (el famoso *Empecinado*, a quien su adversario, el general Hugo, rindió homenaje en sus *Memorias*), a pesar de ser muy ignorante y casi analfabeto es la ilustración —y no es una paradoja— de un humanista heroico y popular, defensor de la civilización moderna y de la idea de nación fundada en la libertad, contra los *bárbaros* más instruidos que él.

No sólo la concepción de la Historia como maestra de la vida cuyo juicio

no puede errar, pues resulta de la unanimidad de los dictámenes (*La Fontana de Oro*, capítulo VII), no sólo la preferencia por la historia viva, contemporánea, que es como la representación concreta de la vida del espíritu, se remonta al humanismo del Quattrocento, sino la preocupación constante de considerar al individuo en su dimensión histórica, de oponer los conceptos de *Barbarie* y de *Civilización* para inculcar a los lectores las virtudes cívicas y transformar al *homo barbarus* en *homo humanus*. La doble preocupación de la persona humana y de «las masas» aparece en las primeras crónicas de política interior que Galdós escribe para *La Revista de España* (1871-1872). Ahí vemos su confianza en «las masas»¹¹ y su indignación, su compasión por «la clase verdaderamente mártir», víctima de políticos indignos¹². Esta preocupación, que tantas veces se expresa en la *Crónica*, late en lo más profundo del drama político de *La Fontana de Oro*. La relación establecida entre Lázaro, héroe del pueblo (o ambicionando serlo), y el pueblo extraviado por su culpa, constituye el eje con el cual se relacionan los diversos movimientos de la acción novelesca. Hay mucho del pensamiento de Michelet en todo esto¹³. Lázaro, impulsado por ambiciones juveniles y el afán de gloria, no podía ser el *héroe*, el orador que consigue expresar el deseo profundo de las masas y captar en la coyuntura política del momento la exigencia esencial de la nación. Los motivos impuros que le impulsaron lo impedían. Una exigencia de pureza, virtud que casi tiene algo de sobrenatural en Michelet como en Galdós, funda la legitimidad de la acción política. Idealista, Galdós cree en «la fuerza nunca vencida de las ideas»¹⁴, en «la fuerza incontrastable de la lógica»¹⁵, y bajo su pluma la palabra *vulgo* se opone a *ideal*, expresando el desprecio no del aristócrata para con las masas, sino el del idealista que deplora la indiferencia a las ideas. Comparable, en eso, a Cervantes: «Y no penséis, señores, que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente plebeya y humilde»¹⁶.

Raro es en nuestra historia el caso en que intentemos aprovechar una conquista hecha en favor de la libertad y contra el despotismo. La serenidad no se adquiere aquí nunca, la razón se nubla, el vulgo sube, sube sin cesar a cada nuevo eclipse de las ideas: las graves resoluciones se someten al criterio de un vano capricho o de los rencores de hombres que no conciben su enaltecimiento sino sobre la humillación de los demás; surgen las vanidades de tercera fila, forcejeando con desesperado empuje para llegar a la cumbre. En esta confusión vertiginosa la inteligencia, los principios, todo lo bueno y útil desaparece y se hunde; la política y los políticos infunden menosprecio a las personas honradas e imparciales, y huyendo todos de tocar con sus manos lo que les parece que las ha de manchar, queda la suerte del país al arbitrio de ambiciosas y desprestigiadas pandillas que convierten aquella *tan sagrada cosa* en objeto de vil granjería¹⁷.

Los «malos hábitos del ciudadano español que necesita del acicate de la ambición para cumplir sus deberes políticos», adquiridos con el régimen absolutista, han de curarse con el desarrollo de la instrucción y una participación cada día más activa a la vida de la nación¹⁸. La severidad del moralista se funda en su

concepción idealista de la Historia y en su fe en el grandioso porvenir de la Humanidad. Tal concepción explica también el humanitarismo de Benito y la participación del periodista a las campañas abolicionistas¹⁹. En la isla de Utopía no existían la pena de muerte ni la esclavitud. Tampoco tienen sitio en el sistema de valores de Benito admirador de Victor Hugo y discípulo consciente de la escuela de Thomas Morus.

En las novelas, el idealismo de Galdós se expresa a veces de manera indirecta, irónica. Examinemos la estructura de *El amigo Manso*. Antes de que la voluntad del novelista cambiase lo inexistente en existencia, el Máximo Manso virtual no estaba a gusto en el mundo superior de las Ideas: él se quejaba «de la ilusión de orgullo que siempre mitiga el frío aburrimiento de estos espacios de la idea... Aquí, señores, donde mora todo lo que no existe, hay también vanidades ¡pasmaos! hay clases y cada intriga...» Sin embargo, en esta vida mortal el profesor de filosofía habla con una modestia muy sospechosa de su oficio:

Discípulo soy, no más, o si se quiere, humilde auxiliar de esa falange de nobles artífices que siglo tras siglo han venido tallando en el bloque de la bestia humana, la hermosa figura del hombre divino.

Bloque de mármol, estatua, todos reconocemos las imágenes de que se valía Aristóteles para expresar la relación entre la materia y la forma, el cuerpo y el alma. A pesar de tanta ambición, Manso se deja morir de amor por una joven muy indigna, por cierto, del ensueño amoroso que había inspirado, y la envidia, y el despecho por no pertenecer a un mundo tan inferior le acompañan cuando vuelve a las regiones del más allá. ¡Este es el personaje narrador encargado por Galdós de hacer la crítica de una sociedad materialista, olvidadiza de los grandes ideales de antaño! Intentemos imaginar lo que hubiera hecho un idealista platónico y escultor de verdad, Miguel Angel. Imposible imaginar un diálogo entre él y la carnicera que pide lecciones para hacer de su hijo «un caballero». Pensemos en el extraordinario soneto dedicado a Vittoria Colonna (que acababa de morir). ¡Cómo se humilla el artista, negándose a sí mismo todo mérito personal! La obra, no la hace él, el martillo del escultor, no lo maneja él, sino la amiga «ministro» de Dios²⁰. ¡Pobre amigo Manso! A pesar de ser él excelente persona y admirable pedagogo, muy superior, por cierto, a los que le rodean, la ironía de Galdós lo envuelve todo, lo arrastra todo, al personaje narrador como a los héroes de la novela, haciendo resaltar con alusiones humorísticas que son como otros tantos puntos de referencia al idealismo de la Antigüedad pagana la mediocridad de la «clase media». Y no deja de tener su grano de sal el que la novela así construida no resulte una novela idealista, sino —técnicamente hablando— realista y hasta, por algunos aspectos, naturalista.

Volvamos a la crítica de política interior de *La Revista de España*. Galdós, campeón del poder civil contra las ambiciones excesivas del poder religioso (en este sentido es preciso hablar de anticlericalismo constante de Galdós) a pesar de su respeto y de su admiración por el clero español²¹, se indigna a la idea de

que el monarca pudiese venir a ser el mero instrumento ejecutivo del partido clerical²². El recuerdo de la Roma antigua no se borraba de la mente de los liberales, que muchas veces alababan las virtudes cívicas de los romanos con la sabiduría de un Estado que respetaba los diversos cultos religiosos de los pueblos conquistados.

Para terminar con esta breve e incompleta reseña de lo que el humanismo galdosiano debe a la Antigüedad pagana veamos su concepto de la Naturaleza. A lo largo de la obra toda se afirma la bondad y la *terribilità* de la Naturaleza. Desde *La Fontana de Oro* a *Casandra*, de cuántas novelas se pudiera repetir lo que escribe Montesinos de *Lo Prohibido*:

El libro esta balanceado en esta línea: sociedad frente a Naturaleza; es decir, convenciones humanas, arbitrarias y antinaturales contra la condición del ser elemental que tiene por seguro guía el instinto²³.

Bondad de la Naturaleza: en ella se funda la concepción optimista del hombre y del porvenir de la Humanidad; de ella depende la felicidad de los individuos. Opuesta a la doctrina del pecado original, tal concepción fue defendida con ardor en tiempos del Renacimiento. *Terribilità* de la Naturaleza: quien desconoce sus imperativos decae y se desmoraliza. Las señoras de Porreño, por haber traspasado en su juventud la ley del amor, se han transformado en las «harpías» de *La Fontana de Oro*. Hay, pues, una justicia inmanente que temer. A pesar de lo que hace creer a veces la violencia de los contrastes y de las caricaturas, Galdós es antimaniqueo porque «los malos» lo son por resultado de sus errores o por influencia del medio social en que han sido educados, no por ser la encarnación del espíritu del Mal, en la existencia del cual no creía Galdós. Antes de que Víctor Hugo escribiese el admirable poema de *La Fin de Satan*, Benito proclamaba: «El Diablo ha muerto»²⁴. Nada en su obra nos permite hablar de su creencia en un Dios personal que gobierna a su antojo las leyes de la Naturaleza. Como Renan y los librepensadores, fieles a la tradición racionalista nacida gracias a la labor crítica de los humanistas, Galdós se reía de las supersticiones y negaba la realidad del «milagro». Pero no era ateo y tantas veces proclamó el desdén que le inspiraba el ateísmo que debemos creer en su sinceridad. Hasta la idea de un «ateísmo purificador», a la manera de Jules Lagneau, debía ser extraña a sus convicciones. Hace algunos años²⁵ he planteado la cuestión de la posible adhesión de Galdós a la teoría de la inmanencia divina, derivada del panteísmo de Spinoza y desarrollada en el siglo XIX por algunos pensadores que intentaban conciliar la idea tradicional de la divinidad con la idea de una Providencia inmanente a la Naturaleza y a la Historia. Todavía sigo ignorando si Galdós conoció *El nuevo espiritualismo*, de Vacherot²⁶, pero después de consultar los *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*, de François Laurent (cuyo primer tomo queda todavía en la biblioteca de Las Palmas), supongo que Galdós, como el joven Vicente Halconero de *España Trágica*, conoció e hizo suya, en sus años de estudiante, tal doctrina. Esto explicaría que la aventura espiritual, en las novelas

llamadas «místicas», guarde siempre un carácter humano, *natural*, y que la curiosidad del escritor, su afán por conocer las leyes de la Naturaleza que le hace prorrumpir a veces en declaraciones materialistas²⁷, no desmienta la fe en una ley del Progreso regida por una Providencia oculta, aunque la existencia de ésta la puso muchas veces en tela de juicio. Pero Naturaleza es también Razón, o mejor dicho, el hombre es un ser racional por naturaleza, y de su reflexión resulta un nuevo código del honor que va a tener en cuenta, esta vez, los principios de la religión cristiana.

La nobleza de alma, este concepto que nos viene de la Edad Media y corresponde al alma inclinada hacia el Bien por un *habitus* o instinto natural, se fundaba en el amor:

Amore e'l cor gentil sono una cosa...

Amor casto, heroicamente dedicado a la contemplación y siempre doloroso. Eso cambia con el Renacimiento, todos conocemos los hermosos estudios de don Ramón Menéndez Pidal a este propósito. El siglo XVIII intelectualizó la exaltación de la sensualidad no pocas veces con una punta de cinismo y el Romanticismo se puso a celebrar las pasiones más fogosas. Pues Amparo y Agustín Caballero (*Tormento*) al instalarse en la unión libre, viven un amor muy distinto de las formas que acabamos de mentar. Es que cada uno soñaba con la felicidad de una vida casera, decente, ordenada. Sólo que, por haber tenido ella una aventura que la hizo blanco de la chismografía de Madrid, se había cerrado para siempre la perspectiva de fundar familia. Guiados por el instinto natural de la felicidad los amantes se instalan, pues, al margen de la sociedad burguesa que los rechaza, no para abandonarse a los excesos que prohíbe la moral burguesa, sino para llevar la vida burguesa, en definitiva, que añoraban. Huyen de España. Naturaleza y Razón —más paganas que cristianas— han preservado el amor y la dicha. El relato no tiene carácter licencioso o erótico. Sólo se fija en la difícil realización de *la persona* en cada personaje y en la búsqueda de una felicidad compatible con la dignidad humana. Cada uno de los amantes lo consigue al fin: Amparo; confesando sus errores al hombre amado (el nuevo código del honor, tan intransigente como el antiguo, no admite la mentira)²⁸; Agustín, teniendo en cuenta la inferioridad moral y el poder real de «ese imperio de la prosa» que es la burguesía, elige la única solución capaz de poner a salvo las más profundas aspiraciones de cada uno con los valores de fidelidad, orden, discreción en el amor recíproco. Afirmación de la virtud burguesa, digna en su anticonformismo, de los tiempos en que la burguesía afirmaba una ética fundada en el sentido común, la honradez, una concepción realista de la vida frente a una aristocracia huera, cuya respetabilidad era sólo de apariencia. Esto lo revela la estructura de la novela y la oposición de los personajes. Agustín, «aquel hombre que había prestado a la civilización de América servicios positivos, si no brillantes», que lleva en el color «malísimo» de su rostro «la marca del apostolado colonizador que, con la vida y la salud de tantos nobles obreros, labra las poten-

tes civilizaciones del mundo hispanoamericano», frente al miserable «orgullete cursi» de Rosalía Pipaón, entre «aquellos esclavos» de la *áurea miseria* madrileña, ilustra la esperanza y el desengaño del propio Galdós. Esperanza de quien decía en 1870 su confianza en «la clase media» y desengaño de quien no ve en 1884 sino la caricatura de lo que debía ser. La palabra *epicureísmo* no conviene para designar las cualidades que determinan la decisión de Agustín. Y como importa distinguir la ética de Galdós de la de los *krausistas*, tan rigoristas en su valoración de la persona humana que los llamaban a veces los estoicos modernos, sólo me atenderé a la palabra *antiestoicismo*, que nos sitúa otra vez dentro de la tradición humanista.

Muy otro es el caso de *Angel Guerra*. El tema tratado en la novela es evidente: el paso del amor profano al amor divino ¿cómo se ha de realizar en la sociedad moderna? La inspiración de Galdós se orienta hacia la Edad Media. ¿Por qué? Así lo quería la moda literaria, las corrientes nuevas que se afirmaban en la prensa y en las publicaciones. El libro de William H. Shoemaker, *Las Cartas desconocidas de Galdós en «La Prensa» de Buenos Aires* (Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1973), que tan generosamente nos regalan los organizadores de este Congreso nos da en este asunto luces que no hay que desdeñar. En una carta fechada del 5 de mayo de 1885, Galdós lamenta la decadencia del sentimiento religioso en España: «esa fuerza poderosa, ese nervio de nuestra historia, esa energía fundamental de nuestra raza en los tiempos felices..., esta potencia moral». (Apreciaciones de hombre político más bien que de creyente.)

Todo se hundió. El siglo XVIII, con su despiadado análisis, fue la esponja que borró todo aquel pasado espléndido.

Después de expresar su decepción al constatar que «pasaron de moda» en breves años, no sólo Krause, sino Hegel, Fichte y demás germánicos, Galdós declara que «no aparece la filosofía que nos ha de dar algo con que sustituir aquella eficaz energía». Califica de «inútiles» los esfuerzos de los propagandistas protestantes en España y acaba por profetizar:

El pueblo español no es ni será nunca protestante. O católico o nada.

Y repite: «O católico o nada.»

Pues, *Angel Guerra* vuelve a la inspiración de *La Divina Comedia*. Cuanto él dijo del poema medieval prueba que Galdós ha leído y aceptado sin más reflexionar el juicio expresado por lord Macaulay en sus *Estudios Literarios*²⁹. Prescindiendo de la maravillosa poesía cósmica, ignorando la tercera cantica (el *Paríso*), Galdós se fija sólo en la aventura del «hombre moral». Actitud muy poco conforme con la de los verdaderos humanistas y, en todo caso, actitud que revela una tendencia (digna de lamentar) a un humanismo homocéntrico. La aventura de Angel, «el masón federalista de los de petróleo», enamorado de una hermana de la Caridad, es la de un «amor iniciado como sentimiento exclusivo y personal, extendido luego a toda la humanidad, a todo ser menesteroso y sin amparo»³⁰.

Angel muere creyente y sin sacramentos. El lector se convence de que ha hecho su salvación gracias a una religión despojada, reducida a la más maravillosa caridad, la caridad tan alabada de los humanistas discípulos de San Pablo y, en tiempos de *Angel Guerra*, de Tolstoi. Durante todo el camino de purificación, Angel no dejó de luchar contra «la raíz mala» que reconocía en él para elevarse hacia la Naturaleza espiritual, que tanto admiraba en Leré y en don Tomé. Nunca se hace mención de la Naturaleza, hija de Dios. Sólo sabemos que Leré «se había emancipado en absoluto de las leyes físicas» y que su «divinidad» ejercía sobre Angel una «atracción» muy honda (*Días Toledanos*, II). A pesar de ser Leré, con toda evidencia, «la dama celeste» del caballero cristiano a lo moderno, no se nota intervención alguna de la gracia divina y se puede pensar de la aventura de Angel lo que opinaba González Serrano de Fausto:

Ante la *idea de la inmanencia* de lo divino en el mundo, Fausto no puede fiar, cual Job, su salvación a una intervención extramundana y sobrenatural; Fausto tiene que buscar la redención dentro de sí mismo y se convierte en un Job rejuvenecido y regenerado. Existe, pues, aquí un simbolismo, remozado por el nuevo espíritu y tendencias del arte moderno³¹.

Ernest Renan murió en 1892 (un año después de Angel), declarando: «Muerdo en comunión con la Humanidad y con la Iglesia del porvenir.» Había no pocos puntos comunes entre el idealismo de Renan y el de Galdós. La frase tan conocida: «Churruca era hombre religioso porque era hombre superior» nos recuerda que Renan había afirmado en un artículo famoso³² que las naturalezas humanas más hermosas son las más religiosas. También Renan soñaba con una transformación del Cristianismo, anunciaba que «esta vieja Iglesia (había de) rejuvenecer como el águila y reverdecer como la palmera». Pero no creía en el porvenir de las Iglesias nacionales mientras que Angel y su profecía de un papado español acompañado del triunfo de la Caridad que destruye jerarquías y fronteras nos hace pensar que Galdós se complacía con el ensueño de una España mítica, patria de los tiempos modernos. Renan proclamaba: «El mundo será eternamente religioso y el Cristianismo es la última palabra de la religión» y si, al reconocer la grandeza del catolicismo, exclamaba: «¡cuánta fecundidad en su apostolado de caridad!», nunca pretendió que el amor dedicado a una mujer bastara para inspirar el amor de la humanidad. Sólo decían cosas parecidas los positivistas discípulos de Auguste Comte, los hermanos Lagarrigue, quienes solían enviar sus libros a Galdós. De modo que vemos ahora cómo, en el sistema de valores que la obra galdosiana va creando y completando, el positivismo viene a integrarse³³. Esto nos recuerda que «el humanismo pide una renovación de la cultura con el injerto de pensamientos nuevos en la cultura tradicional»³⁴. «Es mejor injertar», decía Clarín, verdadero humanista, «injertar en la España católica la España liberal»³⁵. Pero esto no iba sin contradicciones a veces chocantes.

Porque Angel comienza por renunciar a su fortuna, aprobado en esto por Galdós³⁶. Pero el liberalismo, fundado en el libre cambio, creía en un «Evangelio

de la riqueza». A pesar de esto, en el dominio del alma, el mandamiento va sin atenuación: no hay nobleza sin profundo desprendimiento de los bienes exteriores y de las pasiones egoístas. No se trata de luchar sólo contra la avaricia, sino contra lo que San Agustín llamaba «la raíz de todos los males», la *cupiditas*, que inspira la nefasta ambición de los políticos, el fanatismo religioso o el exceso de sensualidad que falsifica el amor (María Sudre, «la odalisca mojigata» de *La familia de León Roch*). En esto, la vieja España quedaba vencedora. La vieja oposición de *Charitas* y *Cupiditas* se ilustra en toda la obra de Galdós. El amor, con el espíritu de abnegación que sólo él inspira, funda *la persona* tanto como la ciudad. La inspiración de Galdós busca argumentos en la religión cristiana tanto como en el racionalismo antiguo: al usurero Torquemada se opone la realidad de la fe con el padre Gamborena; en *Realidad*, el rico Orozco, movido por el afán de justicia y una moral racionalista digna de la Antigüedad³⁷, se emplea en restituir los bienes adquiridos con engaño en otros tiempos. Las novelas galdosianas nos incitan a reflexionar sobre las diversas doctrinas que condenaron la injusticia y las pasiones humanas que la provocan.

Renan, después de Erasmo, pensaba que el dominio del alma es el de la libertad y pretendía que con la libertad se resolvía la cuestión religiosa. Lo clamaban también los librepensadores muy leídos en tiempos de la Revolución de Septiembre. El ensueño de libertad toma formas muy diversas en la obra de Galdós. El revistero de *La Revista de España* aspiraba a una «libertad armonizada con el orden o, mejor dicho, produciéndolo»³⁸. Sin libertad no hay dignidad humana. La idea de nación se funda en la libertad, y hasta la noción de Naturaleza, como lo creían Herder y Schiller. Cuando, en *La Fontana de Oro*, Lázaro, encarcelado, declara al absolutista Coletilla: «Yo creo en la libertad que está en mi naturaleza para que la manifieste en los actos particulares de mi vida», ¿cómo olvidarse de otro «diálogo entre ayer y hoy» de la confrontación entre Felipe II y el marqués de Posa en el *Don Carlos* de Schiller?:

¡Contemplad las maravillas de la Naturaleza divina! ¡Ella se funda en la libertad!³⁹

Angel Guerra sueña con una congregación caritativa que respete la libertad de cada uno, haciéndonos recordar la «contra abadía» famosa de Rabelais: la abadía de Thélème. Pero en el dominio religioso *Nazarín* es la obra de Galdós más satisfactoria para la cuestión que nos preocupa. La oposición de *Nazarín*, el sacerdote loco por Cristo, y de don Manuel Flórez, tan atildado y sociable, nos recuerda la crítica que hace Erasmo de los monjes demasiado afectos a las apariencias exteriores⁴⁰. El tema de la locura de Dios está marcado al lápiz en el ejemplar de *L'Eloge de la Folie* que conserva la biblioteca. Pero en la novela el tema está tratado en tono a veces grave, a veces humorístico, que pudo inspirar la lectura de los primeros capítulos de *La Vida de Jesús* de Ernest Renan.

En su poética concepción de la Naturaleza, un soplo único penetra el universo: el soplo del hombre es el de Dios. Dios mora en el hombre, vive por el hombre lo mismo que el hombre mora en Dios y vive por Dios.

En la interpenetración de lo humano y de lo divino se cifra la poesía de la novela galdosiana. Poesía de una vida purificada y errante, en la cual «creíanse en mayor familiaridad con la Naturaleza, en libertad absoluta» (4.^a parte, cap. II). Las palabras evangélicas van asociadas a la evocación de paisajes idílicos o misteriosos, y no se puede afirmar que el autor se inspire en la idea de la inmanencia divina, pero sí que ha entendido las sugerencias de Renan. A lo largo del camino, la libertad de los vagabundos inspirados cobra un valor tan positivo que nos recuerda *El alfabeto cristiano* de Juan de Valdés, quien con tanto entusiasmo describe la libertad del cristiano:

Sappiate, signora, che la libertà cristiana è una cosa che, per molto che si ragioni e per bene che si pratici, non si puote giamai intendere se non per isperienza, di maniera che tanto saprete di lei quanto isperimenterete nell'anima vostra, e niente più... Ma tuttavia vi voglio dis questo che, secondo pare per quello che dice S. Paulo: «essendo io libero di tutte le cose, mi feci servo di tutti per guadagnarli tutti per Cristo», la libertà cristiana è nella coscienza, perochè il vero e perfetto cristiano è libero dalla tirannia della legge, dal peccato e dalla morte ed è signore assoluto degli affetti suoi e degli appetiti. E dall'altra parte è servo di tutti, quanto all'uomo esteriore, perciochè è soggetto a servire alle necessità del corpo suo e a tenere soggetta la carne sua e a servire alli prossimi suoi secondo la sua possibilità o con le facultà sue, se ne tiene, o con buona dottrina, se v'aggiunge, e con essemio di buona e santa vita. Di maniera che una estessa persona cristiana, quanto allo spirito, è libera senza riconoscere altro superiore che Iddio e, quanto al corpo, è soggetta a tutte quante le persone che sono nel mondo per Cristo⁴¹.

Ahí está el tema de la novela, la explicación de los actos del protagonista principal:

No era, pues, hereje, ni de la más leve heterodoxia podían acusarle, aunque a él las acusaciones le tenían sin cuidado, y todo el Santo Oficio del mundo lo llevaba en su propia conciencia. (3.^a Parte, cap. I.)

En fin, las investigaciones acerca de *Santa Juana de Castilla* que hizo (y ayer comentaba con tanto acierto) mi amigo Rodolfo Cardona parecen probar que Galdós fue movido del propio impulso y de la sola fantasía cuando quiso unir en la misma gloria al maestro del humanismo moderno con la Reina tan amada de los castellanos, Juana la Loca, lavándola de la sospecha de locura y proclamándola santa por encarnar el espíritu del evangelismo erasmiano. Mensaje conmovedor del viejo novelista, una vez más acusador y entusiasta, dominando sus decepciones y sus rencores para enseñar a España el camino de salvación con el nombre de Erasmo en su última obra.

Creo que era necesario recordar todo esto para comprender la oposición tan notable en la obra de Galdós entre los conceptos de *civilización* y de *barbarie*. Porque los *neos*, es decir, los católicos ultramontanos, sus enemigos, también cifraban su propaganda en la misma oposición, utilizando las mismas palabras, pero con valores diferentes. *La Civiltà Cattolica*, órgano de los Jesuitas de Roma, consideraba que el espíritu que animaba la Reforma era de inspiración satánica, y por eso condenaba con especial encono, entre los principios del liberalismo, el aliento del libre examen. Y si, como lo ha dicho Heidegger con tanto acierto, se entiende por la palabra *humanismo* el esfuerzo que intenta conseguir que el hombre sea libre por su humanidad y descubra su dignidad, el humanismo se diversifica según las diferentes concepciones de la *libertad* y de la *naturaleza* del hombre. La *humanitas* del *homo humanus* se determina a partir de una interpretación fija de la naturaleza, de la historia, del mundo, del fundamento del mundo⁴². Para mejor comprender la obra de don Benito tenemos que recurrir también a la definición del humanismo que proponen los críticos de arte André Chastel y Robert Klein⁴³: se trata de asociar en una misma intuición Naturaleza, virtud, hermosura, razón, Antigüedad, religión cristiana, purificándolas y reduciéndolas a su esencia verdadera. En la intuición del artista que fue Galdós, tales nociones se van depurando y matizándose unas a otras en el admirable movimiento de la vida que con tanta maestría supo imponer el novelista a su obra, y sirven para exaltar o criticar la sociedad española en la amplia epopeya —ora heroica, con el recuerdo evidente de Plutarco, ora irónica y desengañada— que constituyen los *Episodios* y las *Novelas*. En este sentido sí podemos hablar de un «Galdós humanista», pero no en el sentido clásico —el más corriente— de la palabra *humanista*, porque, aunque tuvo buen conocimiento de las obras fundamentales de la Antigüedad y del humanismo europeo, nunca fue Galdós un verdadero erudito, ni nunca pretendió serlo. Su vocación de novelista naturalista le llevaba por otro camino. Por eso me parece más exacto definirle como un librepensador heredero consciente de la tradición espiritual del humanismo, la cual seguía muy viva en la Europa y en la España del siglo XIX, sobre todo en la corriente del libre pensamiento que representaba François Laurent. Como Castelar, Galdós debía de pensar que «el hombre es un ser religioso» y la sociedad «una entidad religiosa». En el sistema galdosiano los valores cristianos cobran esencial importancia, coincidiendo con las aspiraciones del protestantismo liberal que expresaba el profesor belga. Esto explica la insistencia de los *neos* en calificar de *protestantes* a los liberales (especialmente a los ateneístas) y las protestaciones de los que, respetuosos de la historia y de la personalidad de la nación española, se consideraban atados al catolicismo⁴⁴. Pero siguiendo fiel al espíritu del siglo XVI hasta en el tono festivo de quien sabe que la *festivitas* tiene valor de ejemplaridad, el humanismo galdosiano va creando una nueva síntesis de valores en el dominio de la religión como en el de las relaciones humanas. Si las reivindicaciones del racionalismo crítico, del espíritu de libertad y de caridad se expresan con la misma fuerza, la idea de la inmanencia divina derivada del panteísmo de

Spinoza les da una significación nueva. La experiencia (el drama) de la salvación es cosa puramente humana y el reino de Dios es el del espíritu. La tradición de la «nobleza de alma» se perfecciona con la idea kantiana de *la persona*, originando una serie de obras en las cuales se condena la sociedad donde pululan fantoches risibles y siniestros. En este plano el moralista se anticipa algunas veces a Pirandello y a los creadores del *esperpento*. Pero la concepción galdosiana de la felicidad humana se aleja del kantismo y supone la reconciliación con la Naturaleza. A pesar de su adhesión a los valores esenciales del cristianismo, Galdós no se entrega a la búsqueda del reino de Dios como lo hacía Clarín en los últimos años de su vida. La reflexión del novelista se fija en las condiciones de realización de una república civil que permita que cada ciudadano alcance el feliz desarrollo de su personalidad y cree, según sus convicciones, «la relación pura, libre, espontánea con el ideal» que constituye para Renan la religión⁴⁵. Entre los novelistas españoles de su generación, si los hay más eruditos y animados de más alta exigencia de espiritualidad, ninguno como Galdós supo defender al *homo humanus* en obra tan suntuosa. La fidelidad a los hermosos ensueños del liberalismo humanista explica los desengaños ocurridos en la vida política del novelista que pasó del partido monárquico al republicano y llegó a pensar que «el único porvenir estaba en el socialismo»⁴⁶; pero el humanismo fundado en los valores de persona y de caridad hacía imposible la completa adhesión al principio marxista de la lucha de las clases. Y en literatura, cuando, a fines del siglo, con la crisis económica y política que se plantea, se ponen en duda los valores espirituales de dicho humanismo, y con la influencia de Nietzsche otra forma de humanismo, fundado en valores diferentes, va desarrollándose, Galdós se encuentra algo desfasado y vuelve a lo de siempre: a la educación del pueblo español con los *Episodios*, insistiendo cada día más en el ideal de fraternidad y de tolerancia. François Botrel nos reveló ayer, muy oportunamente, el aislamiento de Galdós en 1914, abandonado de los intelectuales como de los partidos obreros. Por eso creo que el humanismo galdosiano fue uno de los agentes más activos de la evolución de las ideas políticas y literarias de Galdós, pero que también fue una rémora.

Andado el tiempo y apagados los odios y la incomprensión que tan caro le costarían, podemos hoy rendir homenaje a la lucidez y a la amplitud de miras del novelista amado y admirado hasta en la Rusia soviética, como lo muestra la excelente comunicación de Vernon A. Chamberlin. Hoy podemos apreciar cómo la permanencia de los valores espirituales a los cuales Galdós había dado su fe en los años de juventud enriquece la obra del autor naturalista con matices y vibraciones delicadas, muy personales. Siempre con la nostalgia del *homo faber*, el gran trabajador que fue Pérez Galdós coincide con Emilio Zola en muchos de los temas tratados, pero por su arte de la medida y de la ironía se distingue del maestro del Naturalismo y se acerca más a la tradición humanista. Al ilustrar y perpetuar en los tiempos modernos el combate del humanismo contra la barbarie, Galdós ha dado una imagen ejemplar de su querida patria, la noble España.

¹ La biblioteca de Las Palmas conserva estos libros:

Oeuvres, de François Rabelais. Illustrations par Gustave Doré. Paris, Bry, 1854.

Erasme, *L'Eloge de la Folie*, composé en forme de déclamation, par Erasme et traduit par M. Gueudeville, avec les notes de Gérard Listre, et les belles figures de Holbein. Le tout sur l'original de l'Université de Basle. Nouvelle édition, revue, augmentée et mise en meilleur ordre. A Neuchatel, chez Samuel Fauche, Libraire du Roi. M.DCC.LXXVII.

Le *Faust*, de GOETHE, seule traduction complète précédée d'un Essai sur Goethe, accompagnée de notes et de commentaires et suivie d'une étude sur la mystique du poème par M. Henri Blaze. Paris, Charpentier, 1840 (1.º éd.), 1861 (9.º éd.). (Este volumen ha desaparecido de la biblioteca, pero está señalado en el inventario en fecha de 1865: hasta septiembre.)

GOETHE, *Wilhem Meister*, trad. complète et nouvelle par M. Théophile Gautier fils. Paris, Charpentier, 1861, 2 t.

Werther, par GOETHE. Traduction nouvelle et notice bibliographique et littéraire de Louis Enault. 2.º édition. Paris, Hachette, 1859.

(Estos dos libros señalados en el inventario en fecha de 1865: hasta septiembre.)

GOETHE, *Hermann et Dorothee*, traduction nouvelle de H. Fournier, Paris, Michel Lévy, 1864. (En el inventario en fecha de octubre 1865.)

Théâtre, de SCHILLER, traduction nouvelle précédée d'une notice sur sa vie et ses ouvrages, par M. X. Marmier. Paris, Charpentier, 1860. 4.º éd. 3 vol. (En el inventario: hasta septiembre de 1865.)

² U. GONZÁLEZ SERRANO, *Estudios Críticos*, Madrid, 1892, p. 38.

³ *El Siglo Futuro*, 4 de mayo de 1876: «¿A qué citar... pactos exigidos por la necesidad y hechos con espíritu de cristiana intolerancia, precisamente por los mismos que echaron por tierra la media luna para poner los pueblos al amparo de la Cruz?»

V. también el discurso de Monterola pronunciado el 12 de abril de 1859 discutiendo el proyecto de Constitución en las Cortes Revolucionarias.

⁴ Cf. CASTELAR, *Discurso* pronunciado el 7-4-1869: «Acordáos de la Edad Media, en la que el principio de tolerancia religiosa reinaba imperfectamente, pero reinaba al cabo en nuestro suelo...»

Rectificación al señor Manterola sobre la libertad religiosa y la separación entre la Iglesia y el Estado pronunciada el 12 de abril: «Hay en la Historia dos ideas que no se han realizado nunca; hay en la sociedad dos ideas que nunca se han realizado: la idea de una nación y la idea de una religión para todos...»

Discurso con motivo de la discusión del Mensaje pronunciado en el Congreso el día 16 de marzo de 1876, etc.

⁵ GALDÓS, en *Las cartas desconocidas de Galdós en la Prensa de Buenos Aires*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1873, p. 131.

⁶ *Ibid.*, p. 60.

⁷ Cf. J. BLANQUAT, «Lecturas de Juventud», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, LXXXIV, 250-52, octubre 1970-enero 1971, pp. 178-220.

⁸ Señalado por W. T. PATTISON, *Benito Pérez Galdós and the Creative Process*, pp. 118-120, *Philosophy in Marianela and Wilhelm Meister*.

⁹ LAMARTINE, *Homère et Socrate*, Paris, Michel Lévy, 1863 (en el inventario va fechado: septiembre 1865).

Christophe Colomb, Paris, Michel Lévy, 1863 (octubre 1865 en el inventario).

Nelson, Paris, Michel Lévy, 1864 (noviembre 1865 en el inventario).

Toussaint Louverture, Paris, Michel Lévy, 1857 (noviembre 1865 en el inventario).

Bossuet, Paris, Michel Lévy, 1864 (diciembre 1865 en el inventario).

Fénelon, Paris, Michel Lévy, 1864 (diciembre 1865 en el inventario).

Cromwell, Paris, Michel Lévy, 1864 (marzo de 1866 en el inventario).

Jacquard-Gutenberg, Paris, Michel Lévy, 1864 (diciembre 1865 en el inventario).

¹⁰ *Vies des Hommes Illustres de Plutarque*, traduction nouvelle par Alexis Pierron, professeur au Lycée Saint-Louis, 3.º édition, Paris, Charpentier, 1858, 4 t. (julio 1866 en el inventario).

¹¹ *La Revista de España*, t. XXV, núm. 97, marzo-abril 1872: «Cuando los *leaders* y manipuladores de los partidos pierden la razón, las masas, apartadas de este centro de rencores y personalidades, suelen conservar el sentido común. La rectitud que aquellos no tuvieron la suele tener el país a quien no se mistifica tan fácilmente como se mistifica a un comité, y si así no fuera, ¡qué idea tan triste deberíamos formar de nuestros tiempos y de nuestras costumbres!

¹² *La Revista de España*, núm. 98, 28 marzo 1872: «Y en medio de esta lucha de los bandos extremos, agravada por la intervención de los políticos de aldea, que creen salvar la patria discutiendo en menguados comités lo que no entienden ni han entendido nunca, existe resignada y en silencio la clase verdaderamente mártir, el partido que no se agita, ni bulle ni intriga, pero que desea el orden y la paz, tiene la intuición de la libertad y el instinto del buen gobierno.»

¹³ Cf. PAUL VIALLANEIX, *La Voie Royale, Essai sur l'idée de peuple dans l'oeuvre de Michelet*, Paris, Flammarion, 1971.

¹⁴ *La Revista de España*, 13 de enero de 1872: «Los agrestes clérigos de las montañas, los almiarados y maliciosos neo católicos de las ciudades, los soñadores de la república federal y los detestables soldados de una escuela que más tarde había de reducir a pavesas los monumentos de la primera ciudad del mundo, formaban juntos una fuerza formidable. Pero ¡cuán inútiles fueron las tentativas de la coalición contra una minoría que representaba la libertad, el derecho y la fuerza nunca vencida de las ideas!»

¹⁵ *Ibid.* «Esperamos con confianza en que los hombres cederán a la fuerza incontrastable de la lógica y dejarán de ofrecer espectáculos que abochornan.»

¹⁶ Citado por AMÉRICO CASTRO, «El Pensamiento de Cervantes», *Revista de Filología Española*, Anejo VI, Madrid, 1925, *El Vulgo y el Sabio*, p. 210.

¹⁷ *La Revista de España*, núm. 93, 13 de enero de 1872.

¹⁸ *Ibid.*, núm. 99, 13 de abril de 1872.

¹⁹ GALDÓS, *Crónica de Madrid*, junio 22 de 1865 y agosto 27 de 1865 en *Obras Completas* de Don Benito Pérez Galdós, t. VI, Madrid, Aguilar, 1942, pp. 1579 y 1593.

²⁰ MICHELANGELO BUONAROTI, *Rime*, CI: *Se 'l mio rozzo martello i duri sassi*. Para más referencias al humanismo platónico en la novela, cf. J. BLANQUAT, *Le Naturalisme espagnol en 1882: «El amigo Manson» de Galdós*, en *Mélanges offerts à Marcel Bataillon par les Hispanistes français*, Bordeaux, 1963.

²¹ *La Revista de España*, 28 de agosto de 1872, núm. 108: «Justo es que al clero se le dé lo que merece como otra institución cualquiera, lo que ni siquiera a la Internacional se ha negado, es decir, la libertad; pero que este precioso don no se les conceda a trueque de morir de hambre en el seno de un país católico; y los proyectos del señor Montero Ríos, respecto

al pago de las asignaciones del clero, hacen creer que éste será puesto bajo la paternal vigilancia y protección de los Ayuntamientos para ser asimilados en su cristiana suerte y penitente destino a los pobres maestros de escuela que, cubiertos de harapos y muertos de miseria, piden limosna por los pueblos de puerta en puerta. Bello es decir que la Iglesia *dará a la civilización lo que la civilización le pida*, y viceversa; pero es monstruoso y repugnante que con estas palabras se ponga la suerte y subsistencia de una clase tan respetable en manos de quien se sabe que no puede soportar su carga.»

²² *La Revista de España*, núm. 80, 28 de junio de 1871, p. 628: «... para ellos el rey no es otra cosa que el brazo secular encargado, por designación de lo alto, de atar y desatar en el trono lo que el clero atare y desatare en sus claustros y sacristías. El elemento seglar no puede menos de pretender, por cuantos medios están a su alcance, una unión cada vez más íntima con tan poderoso aliado. Los intereses teocráticos se funden más cada vez en los intereses absolutistas y en cuantos problemas pueden preocupar a un hombre de Estado, desde la organización política hasta el cuarto del cartero, desde las atribuciones de la Majestad hasta el reglamento para ingresar en el cuerpo de policía, aparece irradiando su luz para esclarecer todas las lobreguezes la autoridad eclesiástica.»

²³ J. F. MONTESINOS, «Introducción crítica» a Benito Pérez Galdós, *Lo Prohibido*, Clásicos Castalia, Madrid, 1971, p. 35.

²⁴ GALDÓS, *Crónica de Madrid*, octubre, 22 de 1865, *op. cit.*, p. 1.559.

²⁵ J. BLANQUAT, «*Tolède médiévale et l'Eglise de l'avenir*», in *Actes du Septième Congrès National de Littérature Comparée*, Poitiers, 1965. París, Didier, 1967.

²⁶ ETIENNE VACHEROT, *Le Nouveau Spiritualisme*, París, 1884.

²⁷ GALDÓS, Prólogo a *Niñerías* de Tolosa Latour: «Creo que es más fácil llegar al conocimiento total de aquella (la naturaleza moral) por el de ésta (la naturaleza física), que dominar la moral sola y sin tener en cuenta para nada o para muy poco el proceso fisiológico. Por eso envidio tanto a los que poseen la ciencia hipocrática, que considero llave del mundo moral...» (Publicado en «El Imparcial» 10 de junio de 1889.)

²⁸ *Tormento*, cap. XXXIX: «Cuando el misterioso coloquio hubo terminado, Amparo tenía la cara radiante, los ojos despidiendo luz, las mejillas encendidas, y en su mirar y en todo su ser un no sé qué de triunfal e inspirado que la embellecía extraordinariamente. —Nunca la he visto tan guapa —decía la discretísima vecina.»

Así pinta Galdós el florecer de *la persona* en la hermosa huérfana.

²⁹ LORD MACAULAY, *Estudios Literarios*, trad. esp. Juderías Bender, Madrid, 1879. *Dante*, pp. 260-287. «Adviértese, leyendo la *Divina Commedia*, cuán escasa impresión produjeron en el ánimo de Dante las formas del mundo exterior; que todas sus observaciones se fijaban, debido a su carácter y a la situación especial en que se hallaba, casi exclusivamente en la naturaleza humana, como lo demuestra el admirable principio del octavo canto del *Purgatorio*... (p. 280). A esta circunstancia debe atribuirse... la superioridad relativa de sus descripciones del cielo, comparadas con las que hace del infierno y del purgatorio. Porque las pasiones y las miserias de los que sufren le inspiran profunda simpatía, no así los bienaventurados, cuya felicidad inefable y delectación suprema no comprende ni se explica... En ninguno de cuantos poetas han existido se ven unidas la naturaleza moral y la intelectual de una manera tan estrecha y tan íntima como en Dante. (p. 275). Compárese con las apreciaciones de GALDÓS en *Viajes y Fantasías*, Florencia.

³⁰ ANGEL GUERRA, *Final*, V.

³¹ GOETHE, *Ensayos Críticos* por U. González Serrano. Segunda Edición corregida y

aumentada con un estudio sobre el *Fausto* y precedida de un prólogo de don Leopoldo Alas (Clarín). Madrid 1892 pp. 351-352.

³² *L'Avenir religieux des sociétés modernes, Revue des Deux Mondes*, 15-10-1860.

³³ No digo que los hermanos Lagarrigue han revelado a Galdós la existencia del positivismo, sino que, entre las obras contemporáneas de *Angel Guerra*, sólo en sus publicaciones encontramos una concepción del amor comparable a la que define Angel, aludiendo, indudablemente, a la misión de la mujer «intercesora natural entre el bosque y la Humanidad». (cf. J. BLANQUAT, *Galdós et la France en 1901, Revue de Littérature Comparée*, 1968, número 3). Es imprescindible recordar «el catolicismo positivo» de los discípulos chilenos de Auguste Comte para apreciar en su plenitud los progresos realizados por Galdós en la escuela Naturalista.

³⁴ GASTON BACHELARD, *Prefacio a Les Grands Maîtres de l'Humanisme Européen* por Jean-Edouard Spenlé, Paris, éditions Correa, 1952.

³⁵ CLARÍN, *Revista Literaria*, en «La España Moderna», noviembre, 1889: «Injertar en la España católica la España liberal, no consiste en falsificar la libertad, ni en corromper a los católicos por el soborno del presupuesto repartido. Tampoco se trata de una obra de seducción páfida, de una propaganda inoportuna en terreno mal preparado; se trata de practicar de veras la tolerancia; de respetar las antiguas ideas y los sentimientos que engendran, y hasta de participar de esos sentimientos por lo que tienen de humanos y por lo que tienen de españoles». (Recogido en *Ensayos y Revistas, 1888-1892*, Madrid, 1892, p. 199.)

³⁶ En el ejemplar de *Estudios sobre la Edad Media* de PI y MARGALL que conserva la biblioteca de las Palmas, las líneas siguientes van señaladas con rayitas al lápiz en los márgenes: p. 95: (los Padres de la Iglesia) Recogieron una por una las palabras de Jesucristo y empezaron desde luego, con una energía de que se hallan escasos ejemplos en la historia, a inculcar el amor como la base de las futuras sociedades. Hicieron de la caridad uno de los más sagrados deberes, desplegaron toda la fuerza de su elocuencia contra los que pudiendo cubrir las carnes del mendigo, preferían engalanar con ricas mantillas sus cabellos, dejar podrir el trigo en sus graneros, llenar hasta el colmo sus arcas y consumir en el vicio sus tesoros... He aquí la idea que debemos formar de los ricos y de los avaros, dice San Juan Crisóstomo: son ladrones que asaltan los caminos públicos, despojan a los pasajeros y convierten sus casas en cavernas donde ocultan los tesoros de otros.

³⁷ V. J. BLANQUAT, *Au temps d'Electra*, B. Hi. 1966.

³⁸ *La Revista de España*, 1872, núm. 98.

³⁹ *Don Carlos*, Acte III, escena, X.

⁴⁰ *L'Eloge de la Folie, op. cit.*, p. 197.

⁴¹ *El alfabeto cristiano*, de JUAN DE VALDÈS, ed. Benedetto Croce, Bari, 1938.

⁴² *Ueber Den Humanismus*, 1946.

⁴³ *L'Age de l'Humanisme, L'Europe de la Renaissance*, Paris, Editions des deux Mondes, 1963.

⁴⁴ CLARÍN, *op. cit.*

⁴⁵ *La Crise religieuse en Europe*, 1874 (in. *Oeuvres...* t. VIII, p. 1.126).

⁴⁶ *Diario de Las Palmas*, 31 de agosto, 1973, p. 11: entrevista de don Joaquín Casaldueiro: «Yo he hablado de un Galdós que, sin ser socialista y sabiendo que nunca podría ser socialista, veía que el único porvenir estaba en el socialismo.»